

¿Una experiencia inmediata de Dios?

¿La has tenido?

¿Piensas que la puedes tener?

Yo, Ignacio de Loyola, pretendo en estas líneas decir algo acerca de mí y de la tarea de los jesuitas de hoy, supuesto que aún hoy sigan sintiéndose comprometidos con aquel espíritu que en otro tiempo determinó, en mí y en mis primeros compañeros, los comienzos de esta Orden.

Fragmento condensado
de un texto de Karl Rahner
*Palabras de Ignacio de Loyola
a un jesuita de hoy*
Munich, febrero de 1978

Ya sabes que, tal como entonces lo expresaba, mi deseo era "*ayudar a las almas*", es decir, comunicar a los hombres algo acerca de Dios y de su gracia, de Jesucristo crucificado y resucitado, que les hiciera recuperar su libertad integrándola dentro de la libertad de Dios.

Yo deseaba expresarlo tal como siempre se había expresado en la Iglesia, y realmente creía (y era una creencia cierta) que eso tan antiguo podía yo decirlo de una manera nueva.

¿Por qué? Porque estaba convencido de que, primero de un modo incipiente durante mi enfermedad de Loyola y luego de manera decisiva durante mis días de soledad en Manresa, me había encontrado directamente con Dios. Y debía participar a los demás, en la medida de lo posible, dicha experiencia.

Cuando afirmo haber tenido una experiencia inmediata de Dios, lo único que digo es que experimenté a Dios, al innombrable e insondable, al silencioso y, sin embargo, cercano. Experimenté a Dios, también y sobre todo, más allá de toda imaginación plástica. A El que, cuando por su propia iniciativa se aproxima por la gracia, no puede ser confundido con ninguna otra cosa.

Semejante convicción puede sonar como algo muy ingenuo, pero en el fondo se trata de algo tremendo. Yo había encontrado realmente a Dios, al Dios vivo y verdadero, al Dios que merece ese nombre superior a cualquier otro nombre.

Pero, por de pronto, repito que me he encontrado con Dios; que he experimentado al mismo Dios. Dios mismo. Era Dios mismo a quien yo experimenté; no palabras humanas sobre El. Dios y la sorprendente libertad que le caracteriza y que sólo puede experimentarse en virtud de su iniciativa. Dios mismo, aun cuando el «cara a cara» que ahora experimento sea algo totalmente distinto (y, sin embargo, idéntico).

Lo que digo es que sucedió así. Y me atrevería incluso a añadir que si dejarais que vuestro escepticismo acerca de este tipo de afirmaciones llegara a sus últimas consecuencias y desembocara en la amargura de vivir, entonces podríais hacer esa misma experiencia. Porque es precisamente entonces cuando se produce un aconte-

cimiento en el que se llega a experimentar la muerte como algo radical. Y es en ese mismo instante cuando Dios se ofrece a sí mismo. Y aunque esa experiencia ciertamente constituye una gracia, ello no significa que en principio se le niegue a nadie. Precisamente de esto es de lo que yo estaba convencido: nunca consideré que la gracia fuese un privilegio especial que se concede a una «élite».

Una cosa sigue en pie: que Dios puede y quiere tratar de modo directo con su criatura; que el ser humano puede realmente experimentar cómo tal cosa sucede; que puede captar el soberano designio de la libertad de Dios sobre su vida.

¿Se trata de algo nuevo o de algo viejo? ¿Es algo obvio o resulta sorprendente? ¿Se trata de algo que haya que relegar a un segundo plano en la Iglesia de hoy y de mañana, debido a que el hombre ya casi no soporta la callada soledad ante Dios y trata de refugiarse en una especie de colectividad eclesial, cuando en realidad dicha colectividad ha de edificarse sobre la base de hombres y mujeres espirituales que hayan tenido un encuentro directo con Dios, y no sobre la base de quienes, a fin de cuentas, utilizan a la Iglesia para evitar tener que vérselas con Dios y su libre incomprendibilidad?

Una cosa, sin embargo, sigue siendo cierta: que el ser humano puede experimentar personalmente a Dios.

Debería decirnos ahora de qué manera puede el hombre encontrarse directamente con Dios hasta llegar, en esa experiencia, al punto en que Dios se hace accesible en todo momento, y todas las cosas, sin necesidad de desvirtuarse, le transparentan. Debería dejar bien claro que el provocar una experiencia divina de este tipo consiste en tomar conciencia más explícitamente y en aceptar libremente un elemento constitutivo y propio del hombre, generalmente soterrado y reprimido, pero que es ineludible y recibe el nombre de «gracia», y en el que Dios mismo se hace presente de modo inmediato.

El verdadero precio que hay que pagar por la experiencia a la que me refiero es el precio del corazón que se entrega con creyente esperanza al amor del prójimo.

Dios no le comunica inmediatamente al alma cuál es el servicio y alabanza que espera de ella. El conocimiento psicológico, durante esa especie de esgrima interior que son los Ejercicios, le dice a cada «caballero» hasta dónde puede llevar su ofrecimiento, cuál es el mejor servicio que Dios puede esperar de él y, por tanto, su auténtica vocación. enseñándole a conocerse a sí mismo y las posibilidades espirituales latentes en él, le dice hasta dónde puede llevar la imitación de Cristo o, mejor dicho, hasta dónde una imitación mayor es compatible con el mayor servicio y alabanza de la divina majestad

Juan Luis Segundo
*El hombre de hoy
ante Jesús de Nazaret*
11/2, pág. 735